

CÓMO CAZAR UN TIGRE

Juan Bonilla

A lo largo de mi experiencia lectora, no ha sido raro que me sorprendiese una sensación que sólo puedo calificar con el seguramente inapropiado nombre de insatisfacción. Una insatisfacción que nacía, no de aquello que los textos me estaban ofreciendo sino de lo que yo empezaba a exigirles a ellos. Por decirlo pronto, esa insatisfacción se debía al hecho de que, por alguna razón, el texto que leía me obligaba a desear experimentar si lo que me estaba contando proporcionaba las sensaciones que decía que proporcionaba. No se trata del habitual caso de identificación de un lector con un personaje determinado, al que le presta sus rasgos y en el que reconoce ciertos aspectos de su propia personalidad para tintar la experiencia de la lectura con los colores de la autobiografía. Se trataba más bien de la curiosidad que desasosiega al que, perplejo ante un hecho narrado, no se sabe conformar con la narración del hecho y necesita que ese hecho pase a formar parte del caudal de sus experiencias, como si no tuviese otro modo de domarlo, como si hasta que no formase parte de ese caudal no pudiese prestarle el crédito que todo texto nos pide. Creo recordar que la primera vez que me asaltó esa sensación fue a los 10 u 11 años, cuando cayó en mis manos un álbum sobre insectos en el que se recogía un párrafo del historiador romano Claudio Eliano sobre las moscas. Nada podía interesarme menos que las moscas, pero me zambullí en la prosa de Eliano fascinado por la economía eficiente con que describía los hábitos de las moscas, aseguraba que no podían vivir más de un día —lo que me resultó desasossegador y maravilloso— y, enseguida, haciendo brotar una perplejidad que todavía me dura, decía que las moscas que morían ahogadas podían ser devueltas a la vida siguiendo una sencilla estrategia. Esa estrategia consistía en recoger a la mosca del agua, ponerla al sol, cubrirla de ceniza y esperar que los rayos del sol reanimaran a la mosca muerta, que después de unos movimientos atolondrados, como no podía ser de otro modo, pues estaba volviendo del lugar del que nadie vuelve,

reemprendería el vuelo. El niño que yo era, entre la conmoción y la incredulidad, después de imaginar a aquel romano cazando moscas para llegar a aquella conclusión –¿o quizá lo había descubierto por casualidad?– decidió que el texto no podía quedarse ahí, que debía avanzar un paso más, un paso hacia la realidad, casi como en aquel chiste que decía de un general que colocó a su país al borde del abismo, pero por suerte llegó otro general que dio un paso adelante. El abismo de la realidad, eso era lo que me estaba llamando con su voz rotunda. Me dediqué esa tarde a cazar moscas, un deporte para el que reconozco no tener una especial habilidad. Cuando cazaba una comprobaba afligido que la había matado del porrazo, y por lo tanto si la echaba al agua difícilmente iba a poder decir que la mosca había muerto ahogada. El censo de moscas de mi casa, que se había incrementado en cuanto derramé un azucarero en el balcón, perdió unos cuantos ejemplares en aquella tarde fatídica. Hasta que al fin tuve suerte y conseguí atrapar a una que seguía viva en el interior de mi mano cerrada: notaba o creía notar cómo se daba cabezazos contra el interior de mis dedos. La arrojé a la jarra de agua que había preparado y en pocos segundos la mosca, que primero hizo soberbios esfuerzos por escapar, era derrotada por el agua, dejaba de moverse y moría.

Ahora necesitaba vaciar uno de los ceniceros que, por fortuna para mí y desgracia para sus pulmones, mi padre había llenado en la sobremesa. Juro que si hubiera encontrado el cenicero limpio, hubiera sido capaz de robar un par de cigarrillos del paquete de mi padre y empezar mi sólida carrera de fumador a tan temprana edad sólo para procurarme la ceniza suficiente con que enterrar a la mosca. Puse el cadáver en el suelo del balcón, en un margen pintado por el sol, lo cubrí con ceniza y me crucé de brazos a esperar que Claudio Eliano no me hubiera tomado el pelo. Luego, vendría la insatisfacción. Quizá es que dos mil años de evolución eran los culpables de que las moscas que en Roma resucitaban cuando les daba el sol después de ahogarse, en nuestro tiempo ya no fueran capaces de moverse. Quizá es que el sol que le pegó a aquel cadáver de mosca no era suficiente, y se necesitaban horas y horas de potente sol para reanimar a la mosca. Pero lo más probable era que, sencillamente, Claudio Eliano mintiese, o se equivocase. Y ahí tienen, a un niño de 10 u 11 años exigiéndole a la literatura que sea algo más que literatura, porque de lo contrario no es algo con lo que uno pueda conformarse.

Por supuesto que los otros ejemplos que podría enumerar aquí de estas insatisfacciones que me ha producido la literatura por no ser más que literatura no son tan trascendentes como este primero, pues al fin y al cabo en él se jugaba el gran misterio de la vida y la muerte, y que el culpable de la insatisfacción, en último término, es uno mismo, por ponerse a exigir cosas que no tiene el privilegio de exigir. El culpable de una decepción es siempre el decepcionado y no el que decepciona, pues éste quizá no quería dar todo lo que aquel pretendía que le diese, y al decepcionado nadie le mandaba colocar un listón a la altura que a él le con-

viniese sin saber si el saltador estaba capacitado para saltar por encima sin derribarlo. Muchas veces me he preguntado qué hubiera pasado si aquel día, en aquel margen de sol de mi balcón, hubiera visto a la mosca emerger del montoncito de ceniza con el que la había encerrado y Claudio Eliano se hubiera ganado mis respetos y mi agradecimiento por haberme participado una verdad tan gigantesca. En el decepcionado hay siempre algo de impotencia depreciándole, como si su decepción no fuera más que una manera de decirse a sí mismo: pero quién te creías que eras para demandar lo que no estaban dispuesto a darte.

Desde aquella tarde en que la mosca muerta no pudo ser resucitada por la literatura, quiero decir, en que la mosca de la literatura se cobró una vida de mosca real para que yo comprobara que no debía exigirle a la literatura más de lo que ella estaba dispuesta a darme –y aunque el texto de Claudio Eliano fue en su día un texto muy apreciado por los biólogos, pasados los siglos sólo parece interesar a los lectores literarios, pues la única edición disponible que hay de sus historias sobre animales es una que prologó y seleccionó Borges–, muchas otras veces me he dejado sacudir por la decepción de que lo narrado en un texto no pudiera tener compensación exacta en mi vida real. Como uno es hijo del sesenta y ocho, podía decir como aquellos jóvenes de la Sorbona parisina: seamos realistas, pidamos lo imposible, y reconozco que muy a menudo pido que lo imposible se me haga realidad en las manos. Por ejemplo, leyendo la novela de Nicholson Baker, *La Fermata*, al descubrir que el personaje protagonista conseguía detener el tiempo cada vez que chasqueaba los dedos, me pasé una semana entera probando a ver si, como lograba ese personaje, después de uno de mis chasquidos el mundo se detenía, los coches quedaban parados, los transeúntes inmovilizados e inmovilizada, sobre todo, aquella muchacha que avanzaba hacia el parque y que, de haber logrado yo detener el curso del tiempo para que lo único vivo que quedara sobre la superficie de la tierra hasta que volviera a chasquear los dedos, sería la primera en recibir mis atenciones y mi curiosidad. La novela de Nicholson Baker proponía una metáfora espléndida de la soledad con la que todos cargamos, y era de alguna forma, también una novela sobre la impotencia: su personaje consigue parar el tiempo, detener el curso de las cosas, inspecciona mujeres que le gustan y a las que de otro modo no podría acercarse, no las mancilla ni hace otra cosa que asomarse a ellas, detenidas como estatuas, y cuando vuelve a chasquear los dedos, huyen hacia su destino, en el que el personaje de la novela no cuenta. ¿Qué harían ustedes si pudieran, en este mismo instante, chasquear los dedos y todo lo que les rodea quedase congelado? ¿Qué harían si tuvieran un mando a distancia que les permitiera detenernos a todos los demás en un gesto, en un instante que duraría lo que ustedes quisiesen? Dicen que la literatura no da respuestas a ninguna pregunta, y cuanto más mayúscula sea esa pregunta menos satisfecha podrá ser por la literatura: al arrostrar la realidad, lo que se propone más bien es ensayar algunas preguntas que están en el aire y a las que presta imágenes, fábu-

las, reflexión. Las preguntas que plantea esa novela de Nicholson Baker no entran dentro del grupo de las grandes preguntas, pero tienen ese maravilloso encanto de lo diminuto, incluso de lo banal: y son altamente representativas de una de las aspiraciones de la narrativa. Colocarnos ante situaciones en las que nos veríamos obligados a decidir. Decidir hacer algo. Empujarnos a tomar una determinación. Aunque sepamos de antemano que nunca tendremos la suerte de poseer el privilegio de detener el curso de las cosas sólo para asomarnos a alguien a quien de otra manera no podríamos acercarnos, aunque sólo fuera para echar un vistazo a la ropa interior de una transeúnte que nos ha sobrecogido en su camino hacia un destino en el que no tenemos ningún papel.

Podríamos decir, para ponernos pragmáticos, que esa es una de las utilidades domésticas más importantes de la literatura, y que llevada a casos de más empaque puede resolverse en ganancias más valiosas. Pero no hay que desestimar esas pequeñas y encantadoras victorias: cada vez que chasqueo los dedos, un gesto nimio, recuerdo al personaje de Nicholson Baker, ya agregado a mi vida cotidiana para recordarme a menudo, que no tengo la capacidad de hacer que el tiempo se detenga, que no soy el dueño del tiempo.

Hay un relato de Juan Carlos Onetti que de alguna manera me parece la más eficaz de las metáforas que se han realizado sobre la impotencia de la literatura para cumplir su sueño de ser real, no conformarse con ser espejo de la realidad, sino, por decirlo así, salirse de ese espejo para contaminar a la realidad. En el relato de Onetti, una noche, la protagonista tiene un sueño: un sueño maravilloso y conmovedor en el que por primera vez en mucho tiempo, y tal vez por última vez en lo que le queda de vida, se siente plena, incandescente, feliz. Al despertar se siente vacía: quiere volver como sea a las aguas del sueño, quiere atrapar de nuevo esa atmósfera creada por su subconsciente, quiere hacer emerger las escenas del sueño para que no sean más que el humo que nos queda de los sueños por la mañana, cuando nos despertamos. Y toma una decisión. Dedicar toda su energía y todos sus ahorros a la tarea de reconstruir ese sueño que ha tenido. Contratar a los actores y diseñadores que hagan falta para que pongan en pie, como si de una obra teatral se tratara, el sueño que ha tenido y en el que se sintió tan sobrecogida y plena. No voy a desbaratar los sucesos que se narran en el relato de Onetti, pero en el planteamiento que aquí he esbozado, con alegre eficacia, asoma la sensación a la que me refería al principio: la insatisfacción ante lo que, de golpe, por la mañana, al despertar, se nos presenta como irreal o inventado, y no queremos someternos a esa condición, y a la vez que nos declara que, en efecto, es una invención, parece empujarnos invitándonos a que la salvemos de esa condición, a que la llevemos más lejos, la transformemos en real, no la dejemos ser, solamente, literatura. Se me dirá que algo así es lo que debió sentir Alonso Quijano cuando, leyendo libros de caballerías, decidió que el mundo donde quería vivir era un mundo ya extinto y desolado donde las reglas de la caballería habían

quedado caducas y la nobleza y el honor de los caballeros hacía tiempo que había muerto. Y que, dando unos pasos en el tiempo y abusando de la interpretación del pasado, es posible que al mismo Jesucristo le pasara algo semejante cuando, al conocer de chiquillo las profecías de Isaías, decidió que aquel del que el texto hablaba era él mismo, y dedicó su vida a transformar un texto en realidad. Estos dos casos, perturbadores, en los que la literatura alentó a unos personajes para que dejaran de ser quienes fueran para que se zambulleran en las atmósferas ficticias en las que se encontraban mejor y se sentían más puros y verdaderos, tienen, como todos sabemos, sus caras oscuras: el asesinato de John Lennon aseguró que fue Holden Caulfield, el personaje de *El guardián en el centeno*, la novela de Salinger, el que inspiró su acto criminal, y se ha dado el caso de algún asesino en serie que, una vez cazado, dirigía a *El Señor de los Anillos* de Tolkien la responsabilidad de haberle averiado la mente, haciéndolo vivir en un mundo irreal. Son todos ellos casos de exageración que nada tienen que ver con la misión terapéutica de la literatura: como la misión terapéutica de un medicamento no podrá medirse por el hecho de que alguien lo haya utilizado para envenenarse mediante sobredosis con él. Sería estúpido acusar al lorazepam de haber matado a un montón de personas que en plena depresión decidieron borrarse tomando cien cápsulas, cuando una sola cápsula de ese producto puede poner una mano de sosiego y tranquilidad en quien está padeciendo un ataque de angustia.

No estoy hablando, pues, de esos casos en los que la literatura es un trampolín mediante el cual el saltador que lo utiliza lo que quiere es sustituir el mundo en que le ha tocado vivir por otro hecho a la medida de sus deseos o patologías, sino del saltador que, una vez en el aire, se da cuenta de que el trampolín que ha utilizado, le ha hecho llegar más alto que nunca, aunque sabe bien que no le queda más remedio que caer. ¿Emplearían todos sus ahorros en convertir en real un sueño maravilloso? Es otra pregunta pequeña y sencilla estipulada por un cuento de Onetti: una pregunta acerca de nuestra identidad, pues la respuesta nos susurraría algo, bastante, acerca de nosotros mismos. Y nosotros, los lectores, somos los encargados de dar respuesta, aunque sea íntima, a la pregunta formulada por el cuento de Onetti, cuya labor queda cumplida en el mismo momento en que, cerrado el relato, queda en nuestro interior, junto con la emoción que hemos sacado de sus páginas, la pregunta que nos lleva a plantearnos la misma situación narrada, poniéndonos en el lugar del personaje.

Ponernos en tantos lugares distintos es la fascinante misión de los textos que, siendo literatura, parecen ambicionar ser algo más que literatura. Quien más veces, o de manera más enérgica, consiguió eso en mi adolescencia fue Jorge Luis Borges. Todavía recuerdo, con un calambre de emoción sacudiéndome la espalda, el día en que, en clase de Literatura, buen bachillerato el mío, se nos dio a leer el relato “El otro” de Borges. En ese relato, el joven Borges se encuentra con el anciano que será. Otro momento imposible para nuestras vidas, otro momento

que nos presta la literatura para que deseemos hacer realidad lo inconquistable. Durante mucho tiempo estuve deseando encontrarme con el hombre que sería igual que ahora me encantaría encontrarme con el chaval que fui. Lo que relataba Borges ¿era un sueño? Da lo mismo, a efectos prácticos. Lo importante vuelve a ser la pregunta concreta, pequeña, monumental: ¿te gustaría encontrarte una tarde con el que serás?, ¿te gustaría que te contara cómo será tu vida? ¿Te daría eso fuerzas para temer menos la vida, para hacer cosas que no te atreves a hacer? Por no obviar otro tema fundamental del relato, ahora así, expresado en una de las preguntas gigantes de toda trascendencia: ¿quiénes somos?, ¿eran realmente la misma persona el joven y el viejo?, ¿el joven en cuyo horizonte estaba el viejo que le habla una tarde y el viejo en cuyo pasado ya irrecatable sigue brillando la luz del muchacho que fue? Imposible leer el relato, siendo un muchacho, y no pensar, al abordar el autobús, que ese hombre maduro que ahora entra y paga su billete podría ser el que seremos, y sabe de recuerdos nuestros que todavía no hemos vivido. Imposible leer el relato de Borges ahora, a los 42 años, y no cruzarse con chavales que tienen la edad que teníamos cuando lo leímos por primera vez, y ponerse en su lugar por un instante, y echar de menos al que se fue y ya no seremos, y preguntarse qué pensaría ese chaval del que ahora somos, cómo nos juzgaría, qué cosas nos reprocharía, cuáles nos agradecería.

Hay un libro que considero fundamental a pesar de que literariamente es, o parece, muy poca cosa. Me refiero a *Je me souviens –Me acuerdo–* de Georges Perec. Lo componen casi 500 frases que registran recuerdos del autor, pero también recuerdos de cualquiera que perteneciera a su generación. No son recuerdos prolíficos, llenos de detalles, sino meras enunciaciones. Es como si yo dijera: “me acuerdo del tío aquiles y el capitán tam” a sabiendas de quien reconociera con una sonrisa esos nombres pertenece de alguna forma a mi generación. Más allá de la invitación que formula el libro de Perec para que todos registremos nuestro pasado en pos de esos recuerdos compartidos por los otros, los que se formaron con nosotros, los que fueron niños cuando lo fuimos nosotros, y adolescentes cuando nos tocó serlo, *Je me souviens* me parece importante porque, quitándole al texto todo alarde literario, dejándolo en los huesos, en meros telegramas, dibuja un majestuoso árbol de lo que puede ser la literatura más allá de la literatura. Pues si en efecto en el libro apenas hay literatura sino como un potencial al que el autor se niega a sacarle provecho, deja en el aire su propia posibilidad para que sean los lectores los encargados de prestarle toda la vida que lleva dentro, una vida que sólo cobra su verdadera dimensión cuando el lector, imitando al autor, decide expresar su pasado en un racimo de me acuerdo que, a la vez que nos susurrarán algo de quien ha sido, nos ayudarán a localizar los pequeños detalles, las viñetas importantes, de la generación y el mundo al que pertenece. No descarto que esa posibilidad que contiene el libro de Perec sea un invento mío para hacerlo llegar más lejos de donde él quiere llegar. Pero es una de las tareas del lector que, igual que

no tiene derecho a pedirle a un libro que llegue allá donde el libro no pretendía llegar, también lo tiene a utilizarlo para montarse en él, convertirlo en vehículo de sus propios fantasmas y poner rumbo al horizonte o a los sótanos de su conciencia.

La literatura que me sirve, la que me ayuda y me reconforta, es precisamente ésta que formula posibilidades para que me trabaje al que soy, alguien que sabe que ser uno mismo es muy poca cosa, y no deja de desear ser más, alentar en otros mundos, embarcarse en aventuras que no emprenderé, mitigar miedos que no sé por qué van a depreciar mi vida. Es un refugio, sí, pero un refugio en el que lo que importa es vivir, pensarse, pensarse si quieren a través de pequeñas evaluaciones como las que he puesto. Chasquear los dedos para detener el tiempo, se lo debo a la literatura. Preguntarme qué opinará de mí el chaval que fui cuando me cruzo con un chaval al que me parecía, se lo debo a la literatura. Lamentar que las moscas ahogadas no resuciten con un poco de sol, se lo debo a la literatura, por entender que ésta si no ambiciona desembarcar en la vida, es sólo humo. Muchas veces se ha dicho que *El Quijote* es el más alto ejemplo de homenaje a los libros, cuando seguramente es todo lo contrario: en la pugna entre libros y vida, el Quijote se pone de parte de la segunda, pues si los primeros son los encargados de volver loco al hidalgo y conducirlo a los caminos creyéndose un personaje literario, los caminos lo devuelven a su lugar, lo engrandecen, y si el creído caballero de la primera parte de *El Quijote* es un castigador que se cree invencible a pesar del cúmulo de derrotas que atesorará, en la segunda parte, cuando se vaya curando de esos narcisismos, se nos volverá un personaje emocionante, lírico, cargado de sabiduría y humanidad. La misión de los libros en *El Quijote* era impulsar al protagonista a zambullirse en la vida: si se hubiera quedado encerrado en su aldea, gozando de sus lecturas, no se hubiera convertido en quien es.

Uno de los más grandes libros que uno ha leído y releo a menudo por el gusto de saborear su prosa es el *Tesoro de la Lengua castellana* de Sebastián de Covarrubias. En ese libro, en el que se define la palabra tijeras añadiendo a la definición una observación que dice que cuando las tijeras no cortan bien es costumbre del que las usa, tratar de ayudarlas con un gesto de la boca, como si con ese gesto las tijeras fuesen a cortar mejor (un detalle maravilloso), en ese libro, decía, se nos cuenta el modo de cazar un cachorro de tigre. Desde que leí esa definición estoy deseando ponerla en práctica, como si el texto, al igual que todos los textos que me han resultado importantes a lo largo de mi experiencia de lector, fueran en realidad unas instrucciones para hacer algo. Reproduzco el fragmento de Covarrubias: “Siendo el tigre crecido y grande es dificultoso cazarle a los cachorrillos tiernos. Los cazan de esta manera: previéndose el cazador de caballo ligero y de un globo cristalino y, aviendo ojeado a la tigre cuando sale a la presa, entra entonces en la gruta y con toda ligereza le roba los hijos y monta a caballo. Volviendo la fiera con el robo consumado y echando en falta a sus hijos, vuelve a salir desalada y persigue al cazador que, viéndola cómo le alcanza, deja caer el

globo cristalino, prosiguiendo en su huida mientras la tigre le da vueltas cariñosa y acaricia su propia imagen empequeñecida en el espejo del globo, y el tiempo que pierde creyendo que ha recobrado a su cachorro, es el que gana en su huida el cazador”.

¿No es maravilloso? Sin duda lo es pero, ¿tendría efecto? ¿Se detendría de veras la tigresa ante un globo cristalino y al ver su propia imagen empequeñecida en el globo, pensaría que allí está su cachorro recuperado? Si yo les preguntara a ustedes: díganme una manera de cazar a un tigre, alguno habría que me diría: es fácil, te vas al zoo con una escopeta, esperas a estar cerca del tigre y le descerrajas un tiro. Bien, supongo que hay muchos escritores que actúan así: sin contemplaciones, cazando a un tigre enrejado, sin correr riesgos. A mí, la literatura que me importa, se define por ese cautivador truco irresponsable que cuenta Covarrubias y que tiene toda la traza de no poder dar resultado, porque, a qué engañarnos, la tigresa no puede ser tan boba como para detenerse ante un globo de cristal cuando está persiguiendo a quien le ha robado a su cachorro. Se mueve por instintos y sus facultades para el olor harían difícil que la engañásemos con un globo de cristal. Pero el escritor que se atreve a entrar en la cueva de la tigresa y agenciarse un cachorro y huir a caballo y desprenderse de un globo considerando que su perseguidora va a ser burlada, hace algo más que cazar un tigre: convierte un hecho que otros resolverían presentándose en el zoo para cazar lo que ya está cazado, en una aventura estética. Y nos hace ponernos en su lugar, imaginarnos a nosotros mismos en esa aventura. Ojalá hubiera una agencia de viajes dedicada a convertir la literatura en vida. Una agencia de viajes gracias a la cual uno pudiera vivir un día entero sintiéndose Gregorio Samsa, pudiera pasar por la pesadilla del amor imposible por la que pasó Humbert Humbert, por la épica aventura del rencor y las ganas de vengarse que hicieron del Capitán Ahab uno de los grandes personajes de la historia literaria, uno de los pocos que trascienden su condición de personajes para convertirse en símbolos. Pero pensándolo bien, esa agencia de viajes ni siquiera haría falta –aunque en la era del espectáculo apuesto lo que quieran a que tarde o temprano se fundará: viajes literarios para aquellos que no quieran leer–. Ni siquiera haría falta porque, en puridad, leer ya es embarcarse en la aventura de ser Samsa, de sentir lo que sintió Humbert Humbert, de conocer la inmensa amargura y la docta impotencia en la que se encastillaba el Capitán Ahab. Son literatura que no se conforman con ser literatura, que extrapolan su naturaleza para quedársenos en las manos o en las entrañas como parte de nuestra historia, como fundamentos de lo que somos. Es esa literatura que consigue el acto alquímico de mayor intensidad: de repente no estamos leyendo un libro, sino que estamos dejando que el libro nos lea a nosotros. Nos está convirtiendo en otros que estaban dentro de nosotros, por lo tanto nos está agrandando. Lichtenberg decía que un libro es como un espejo, si se asoma un simio no puede esperar que el que salga reflejado sea un apóstol. La frase es buena, pero insuficiente.

Porque precisamente la literatura que consigue ser algo más que literatura, la que no se queda en lo que vino a ser, la que no caza tigres enrejados en el zoo, lo que pretende es que cuando un simio se asome al espejo que es el libro, lo que vea en su superficie sea una especie de extraño apóstol perplejo que le pregunta: ¿quién eres? E igualmente, cuando el que se asoma es un apóstol, lo que ve reflejado en el fondo de las pupilas que le miran es un auténtico simio que le dice: no eres tan apostólico como te creías. Encontrar esos libros que nos leen a nosotros cuando lo estamos leyendo a ellos, esos libros que nos enseñan a cazar un tigre de verdad, el tigre de la perplejidad y la impotencia que llevamos dentro, esos libros que al simio que hay en nosotros les susurra que en el fondo algo de naturaleza apostólica nos salvará, y al apóstol que nos creemos le recuerda que nunca dejaremos de ser mortales simios, son los libros que considero indispensables, los que hacen que la experiencia de la literatura no se conforme con ser mera literatura, sino que dan un paso adelante y nos llevan a los lugares a los que sólo la literatura que es más que literatura sabe llevarnos.

